

PRÓLOGO

Se le ha ocurrido a esta querida cabeza de Félix de Azúa que debo ponerle un delantal a la recopilación de sus poemas, precisamente yo, que tanto me he negado a semejante oficio y que suelo impiamente poner en solfa a los poetas que hacen poesía. Pero a lo mejor será por eso justamente. Y en todo caso, *quis neget carmina Gallo?*

Y eso que él todavía, además de hacerme apremio, me pone condiciones, y en tanto que me honra con el encargo, me prohíbe que lea la compilación antes de prologarla; pues él, con modesta soberbia, no desea que hable aquí de su poesía, sino de poesía en general.

Así que, por lo que toca a la suya, siendo tan mal conocedor de poesía contemporánea, y aun de sus producciones, a las que he prestado más atención de la corriente, no habiendo conocido más que un librito y un par de piezas sueltas, tengo que contentarme con conjeturas y fabulaciones. ¿Cómo será el libro de poesía de nuestro Félix? Me las imagino ante todo elegantes y agudas: cargadas muchas veces del *páthos* melancólico y grandioso de los poetas teutones (como en una caída de Prometeo que recuerdo del final de uno de sus poemas que leí hace años), pero todo ello corregido por una ironía o pudor de joven dómine de Oxford y no libres de cuando en cuando de una cierta exquisitez y reflexividad (poesía de poesía) a la francesa, y todos esos rasgos no sólo venidos de lo inteligente y curioso de sus lecturas, sino al mismo tiempo (¿quién podrá distinguir al Félix nacido de los libros del nacido de su madre?) de la gracia nativa del poeta y de su reserva desdeñosa.

Aunque, ¿qué digo?: ¿no era yo aquél que se negaba a que la poesía tuviera nada que ver con el alma del poeta y reprendía ásperamente cualquier insinuación de estilo personal en el juego de las palabras?

Pero bueno —me dirá el lector poco aficionado a delantales—, acierte usted o no acierte, o más o menos, en la caracterización de esta poesía, ¿para qué sirve esto? Díganos más bien si piensa usted que aquí tenemos simplemente un caso de eso que suele usted designar como poesía de la que hacen los poetas, esto es, literatura, o si confía en que pueda haber en este libro alguna otra cosa.

¿Qué otra cosa puede haber en un libro? ¿Qué otra cosa puede hacerse en nuestros tiempos más que literatura? Parece que algo nos condena. La poesía es ciertamente cosa más antigua que la literatura; más aún: es cosa más antigua que la escritura y que la Historia. Esto no hay corazón que no lo sepa. Pero ¿qué?: la escritura pronto, después de haber servido para las cuentas de palacio y las crónicas de los Reyes, vino a ser capaz de asentar también las canciones de las mujeres enamoradas y las recitaciones de los aedos y las agitaciones verbales de los héroes que retumbaron sobre la escena. Y una vez que cualquier cosa

escrita, todo es más o menos lo mismo, puesto que todo sirve para lo mismo: para leerlo. Sólo hay un paso desde aquí hasta el momento en que se funda la literatura como conciencia de sí misma: y desde entonces la poesía nace ya escrita; lo cual quiere decir —si no parece demasiado fúnebre— que nace muerta.

Claro que también los siglos y los milenios, los imperios y las culturas de los hombres, aunque no sea al modo de las nubes y los inviernos, pasan a su modo; y hay una secreta confianza en los corazoncitos que cada año nacen al hechizo de la voz y de los ritmos, una confianza que apenas de uno a otro puede susurrarse, de que nada esté escrito definitivamente, y que la poesía sepulta bajo la losa de las tapas de los libros, enterrada en el papel, fijada en los garabatos de la imprenta, no esté muerta de veras, sino como Adonis, el llorado de los ojos de lucero de la diosa Afró, adormecida y presta a resucitar en cualquier momento, al aliento de cualesquiera zéfiros imprevistos, y volver a la voz y al uso de la gente.

Por eso tal vez habrá entre tanto que seguir haciéndola, cediendo sin demasiada vergüenza, en medio de la ciencia y la literatura de uso y venta, al gusto de seguir combinando palabras y sintaxis, ensayando nuevas técnicas del gay saber, por más recluido que ello haya de estar en lo consciente y lo privado y personal; pero es al cabo una manera de mantener, a la sombra de la cultura, las tradiciones de una técnica tan vieja y dulce, por si acaso alguna vez vuelve a servir de algo.

No sé cómo será la poesía de los poemas, más o menos suyos de ahora, más o menos lejanos de esta su juvenil dorada madurez, que Félix de Azúa va a mandar imprimir detrás de esta página. Pero de una cosa estoy bastante cierto, y es que él es también de los que con algo de secreta confianza siguen escribiendo doctamente poesía y honradamente experimentando; que bajo su noble escepticismo y su pudor intransigente vive una inconfesable sospecha de estar tal vez jugando con las brasas del infierno.

Así que aquí quedo esperando, con el público culto, a leer los poemas que prologo, un poco a ciegas y guiado acaso por aquello (más bien tornándolo a la inversa) de «Por sus frutos los conoceréis», con una razonable esperanza de encontrar entre los versos, junto con una medida de deleite, algunos atisbos de misterio. ¡Salud para el poeta y gloria para los poemas!

Agustín García Calvo(1979)